

como Baudelaire, pero hay escritores que son gustativos. Yo sería un escritor gustativo, si pudiera hacerse esta división. Es decir, yo, entre el frasquito de perfume que se abre en el poema de Baudelaire y la magdalena disuelta en la tila de Proust, soy más de la magdalena. En los recursos de memoria, para mí, lo gustativo es muy fuerte. Además, aquí se han vivido circunstancias en que ciertos alimentos, de pronto, dejas de comerlos, como si la civilización se terminara. Entonces, eso hace que los años demasiado. Una época determinada está relacionada con aquellos alimentos que no has podido comer. La comida es una relación de familia. Hombres y mujeres cocinaban. También me interesa mucho la literatura sobre cocina. Leo libros sobre cocina y leo muchas recetas.

— *En tu obra hay dos temas recurrentes: las comidas y las ruinas. ¿Son metáforas de Cuba?*

— Sí, son metáforas de Cuba. Yo si tuviera que elegir una de dos elegiría las ruinas. Una vez leí una entrevista de Heinrich Böll, el novelista alemán, donde habla de la literatura de ese momento en Alemania y del grupo de escritores al que pertenecía, denominado «la literatura de las ruinas». Y la impresión que les hizo a él y a su esposa cuando terminó la guerra. Fueron a una de las ciudades no bombardeadas por la guerra y dicen que esa ciudad les produjo una sensación de desasosiego porque faltaban las ruinas. Como si no estuviese completa. Y hace poco leí uno de los últimos libros que han aparecido en español de Sebald, el alemán: *La historia natural de la destrucción*. En él habla de que cuando se mudó con su familia a una nueva ciudad lo aquietó, le dio sosiego, descubrir que faltaban casas. Yo creo que hay un momento de tu vida que si tú te has criado entre ruinas, si tú te has criado así, ése es un sentimiento que te va a acompañar siempre. Del mismo modo, se da una apetencia arqueológica. Para mí lo más importante es que son ruinas habitadas. Eso es lo que diferencia el sentido de las ruinas para mí de los demás. María Zambrano decía que las ruinas debían tener una vida vegetal y lagartos y cosas de esas. Lo que el tiempo hizo en Roma durante siglos, lentamente, la aviación lo puede hacer en un minuto. Eso es lo que sucede en Cuba, aquí no ha existido una guerra pero es una ciudad que parece haber pasado una guerra. Tener que habitar las ruinas, habitar en una ciudad ruinosas, casas ruinosas, ambiente ruinoso, todo eso te

da un tono que no te va a abandonar nunca. Te introduce, para decirlo rápido, en la novela gótica.

— *¿Las ruinas te estimulan o te duelen?*

— Por un lado me apasionan y por otro me repugnan. Aquí no ha habido una guerra nunca pero la guerra se ha estado esperando siempre. Ha sido un recurso legitimador del gobierno cubano. Es decir, esta ciudad es la puesta en escena de ese recurso de legitimación del gobierno cubano. Hay una frase de Ry Cooder, el productor de *Buena Vista Social Club*, cuando habla de los orígenes del proyecto, dice que él quería hacer un álbum con la música de un grupo cubano de los años setenta que nunca existió. Y La Habana como ciudad es un proyecto como el de Ry Cooder. Es la ciudad de una guerra que nunca existió, en los sesenta, con la crisis de los misiles, el momento en que Cuba estuvo a punto de cambiar todo.

— *Si se reconstruyera La Habana en cincuenta años y vivieras ¿qué sentirías?*

— Sería menos literaria La Habana. Menos artística. Yo comprendo que esto que digo es una aberración, imponer el arte sobre la vida. Sucederían varias cosas. Lo primero, yo creo que, a distinta escala, tanto de las personas como de las formaciones políticas de las que voy a hablar, después de que este gobierno termine, que venga lo que llaman «el día después». A pesar de que es un ejercicio de imaginación que nos cuesta mucho trabajo. Desde aquí y desde el exilio también. Pero que es un ejercicio de imaginación en el que hay que pensar que la vida va a ser distinta —imperios enormes han caído— esto no es nada eterno. En mi caso los cambios me toman a una edad en que ya los objetos de *saudade* están fundamentados. Y me va a pasar lo mismo que a Joseph Roth con el imperio austrohúngaro —que es un muy posterior superviviente de aquel imperio—. Ésta es una situación que no es nada idílica y yo me encargaré de que la nostalgia no entre en esas trampas de que «contra Franco vivíamos mejor». No caeré en esa trampa porque, para empezar, no creo que mi literatura, mi idea del mundo, dependa de un político u otro. Pero sí el modo de vivir una ciudad, que también es la raíz de la palabra política, ha sido para mí fundamental la de todos estos años. De algún modo, volveré mucho a ella. Para mí

será una de las grandes ciudades perdidas, para mí, la gran ciudad perdida. Mi Pompeya particular va a ser esta Habana de ahora que va a desaparecer. Acabo de terminar un libro donde escribo mucho sobre eso. Para las otras personas, lo curioso, lo que les sirve de objeto de interés es cómo va a ser políticamente. En el futuro Cuba no va a ser ya muy distinta políticamente de cómo es políticamente cualquier otro país. Hay muchas alternativas. Ya no va a ser más original de lo que fue. Pero sí el futuro de La Habana, de la ciudad, estéticamente, arquitectónicamente, eso sí que no se sabe qué va a ser. El escapismo inmobiliario de estos cuarenta y tantos años ha creado este museo en ruinas que es La Habana. Pero la voracidad inmobiliaria que puede traer un cambio, si no está reglada por un poco de lógica urbanística, terminará siendo una Shanghai de pacotilla, puede terminar con nuestra ciudad. Son cosas que me desvelan mucho.

— *Si hicieras una radiografía de la actualidad en estos momentos. ¿Te sientes bien acompañado? ¿En un buen ambiente literario?*

— Yo creo que no me siento bien acompañado. Quizás soy bastante crítico leyendo. En una situación como la cubana es muy difícil.

— *¿Sientes que formas parte de una generación cubana que puedes compartir?*

— Ya no, lo dudo. Hay mucha gente en el exilio. El exilio crea muchas diferencias y cuando te reencuentras ya no es lo mismo. Hay una serie de malentendidos que si te pones a desarrollarlos da lugar a una obsesión infinita de café. Nunca van a llegar a hablar de libros porque todo son circunstancias personales. Y cuando estás hablando de libros, sin hablar de circunstancias personales, entonces todas las cuestiones de libros parecen alusiones a circunstancias personales. Es un diálogo bastante difícil. Y es un diálogo de demasiada vigilancia moral de unos sobre otros. Y en ese sentido eso ha desgastado la convivencia feliz que existía. Aunque yo pienso que cualquier escritor, en un ambiente en donde no haya diferencias entre exiliados y no exiliados, entre oficialistas y disidentes, entre comunistas y no comunistas, un escritor siempre se va quedando solo a medida que avanza. Es un poco un minero que va cavando una galería y poco a poco se va haciendo menos compartible lo que va buscando y cada vez hasta uno mismo sabe menos lo que está

buscando y no lo puedes compartir como lo compartías en la juventud. Entonces la convivencia entre escritores es bastante difícil.

La Habana (mayo, 2005).



La Plaza Mayor de Cabra